

LA POBLACIÓN LOCAL: PROTAGONISTA DE LA DIFUSIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL

María SÁNCHEZ LUQUE

Resumen

A pesar del camino andado en la política de tutela y difusión del Patrimonio Cultural, la población local sigue siendo al día de hoy la gran marginada en su gestión y en su recepción, más enfocadas hacia el turismo y la atracción de capitales exteriores. Este artículo pretende ser una llamada de atención a la difícil situación que atraviesan muchos municipios de nuestra geografía, y busca devolver a sus ciudadanos la posición privilegiada que poseyeron un día en la producción de esos bienes.

Palabras clave: Gestión Municipal del Patrimonio Cultural, Difusión del Patrimonio Cultural, Población Local.

Abstract

This article focuses on the importance that citizens and neighbourhoods have in the management of Cultural Heritage. By means of the analysis of the situation, we offer possible solutions and situate the municipality as the protagonist in the management and reception of cultural heritage.

Keywords: Local management of cultural heritage, diffusion of cultural heritage, local population.

INTRODUCCIÓN

La difusión del Patrimonio Cultural tiene hoy como protagonista indiscutible al turismo, tanto que la recepción de público foráneo preside sus actividades y dispone a su completo servicio la mayor parte de las infraestructuras.

Nadie duda de la importante contribución del sector turístico a la conservación y proyección de los bienes culturales. Su fomento económico redundará favorablemente en las labores de puesta en valor, en la medida en que permite la autofinanciación de los gastos generados en esta tarea, e incentiva políticas de tutela efectivas. Además revierte en otros medios productivos, creando una generosa bolsa de trabajo, y supone, consecuentemente, la puesta en marcha de importantes fórmulas de activación social de la población.

No es extraño pues que, especialmente en los ámbitos rurales, se generen nuevos métodos para el impulso de políticas de alcance municipal o comarcal, bien por medio de la contratación de empresas de dinamización sociocultural, bien a través de la especialización del funcionariado en estudios del turismo cultural.

El recurso tradicional de activación es reunir bajo un concepto o una temática que actúe como línea directriz y aglutinante de la herencia cultural existente y, a partir de aquí, elaborar un itinerario que lo desarrolle en la praxis. Con ello se intenta, en la medida de lo posible, conciliar la puesta en escena de los valores locales característicos para hacerlos llegar un gran espectro social bajo principios universales. Esta solución, simple en su planteamiento, no deja de provocar tensiones¹ entre «anfitriones» e «invitados», entre la realidad de la identidad cultural y el discurso interpretativo que ofrece al exterior.

La descompensación resultante se acusa hasta límites insospechados cuando no se hace partícipe a la comunidad en la comunicación del Patrimonio, viciando su idea del mismo, la cual queda reducida en última instancia a recurso, ocio, entretenimiento, e ignorada en sus componentes de civilización. Para el turismo, lo cultural empieza a ser más un medio que un fin: se ha alterado peligrosamente el nivel de prioridades.

Así el valor de fruición universal asignado al legado histórico-artístico y materializado a través del turismo ha desbancado a los lugareños al último lugar marginándolos a límites insultantes.

Eso sí, prolifera el equipamiento cultural: se multiplican las rutas hasta el aburrimiento, cada localidad dispone ya de uno o varios museos... Pero los estudios de público hablan por sí solos. Una investigación realizada en 1993² demostraba cómo la afluencia de no residentes en ciudades como Córdoba o Madrid es alarmantemente superior que en otras como Bilbao, donde los habitantes son los que concurren con mayor regularidad a sus centros culturales. Las razones de este desequilibrio no eran entonces explicadas ampliamente y, si bien aludían a motivos de carácter educacional, sin duda, creemos que están reforzados por programas que alientan el interés de la comunidad. Datos muy semejantes son los que también publicaba recientemente un artículo en prensa³ sobre la asistencia al Museo Picasso Málaga, según el cuál de los mil visitantes encuestados «tan sólo uno de cada diez residía en la provincia», correspondiendo irrevocablemente una proporción aún menor a los ciudadanos de la capital malagueña. Todo ello apunta, por tanto, a una dramática conclusión: aquel que convive diariamente con el patrimonio, no sólo no hace uso

¹ RODRÍGUEZ TEMIÑO, I., *Arqueología urbana en España*, Ariel, Barcelona, 2003, p. 355.

² AREITIO, M.^a T., MAIZTEGUI, C. y RISUEÑO, J. L., «Avance de una investigación transnacional sobre turismo cultural en Europa», *Letras de Deusto*, vol. 23, n.º 57, 1993, pp. 147-158.

³ LERENA, J. y MARTÍN, L., «Los españoles lideran la lista de visitantes del Museo Picasso», *Málaga Hoy*, 8 de septiembre de 2004, pp. 2-3. Agradecemos a María José Bernal González este artículo.

de él sino, lo que es peor, y como insiste C. Colón⁴, el acercamiento al turista crea distancia entre ambos.

Luego no debería pasar desapercibido a nuestros gestores el hecho de que el pilar fundamental de los bienes culturales, la colectividad donde se gesta y su principal portadora de significación, no haga uso y disfrute del mismo, no participe de los itinerarios o sólo conozca del museo la fachada frente a la que transita todos los días.

La difusión no puede consistir (al menos únicamente) en universalizar: antes que esto, debe atender a la demanda de la sociedad que lo acoge. El afán globalizador del *relato* cultural es la mayoría de las veces, si no todas, expropiatoria⁵, hace divergir patrimonio y sociedad, provocando la verdadera «tragedia de la cultura»⁶ actual que se cierne sobre nuestra herencia material e inmaterial.

Si los bienes culturales son la base de la memoria colectiva, el producto objetivo que expresa el momento significativo de un grupo humano en constante transformación, ¿por qué el olvido de la comunidad anfitriona? Esta es la pregunta que intentamos responder en las páginas que siguen.

PROBLEMÁTICA DEL PAPEL DE LA POBLACIÓN LOCAL EN LA DIFUSIÓN DEL PATRIMONIO

Los habitantes de ciudades, municipios o aldeas intervienen en la práctica patrimonial como gestores, representados convenientemente por los Ayuntamientos, y, eminentemente como agentes. Su participación en las labores de defensa, protección y difusión son decisivas. En la actualidad son los principales beneficiarios de la empresa turística y para ello se han puesto en marcha múltiples programas cuya finalidad es su formación para atender la cada vez más elevada demanda cultural.

A esta circunstancia se suma una serie de compromisos y obligaciones de conservación para que la ciudad ofrezca su lado más atractivo como imagen de marca, que el vecindario afronta la mayoría de las veces sin la ayuda institucional.

Además de este rol, los ciudadanos también juegan otro especialmente delicado: el hecho de convertirse en objeto de exhibición. Este aspecto, fomentado desde el interés etnográfico que despiertan las formas de vida de muchas localidades, trae consigo repercusiones tales como la pérdida de privacidad y la escenificación de

⁴ «Así se está salvando la Catedral de Sevilla, convirtiéndola en huella para los historiadores, en museo para los turistas y en una inmensa lejanía para los sevillanos; sobre todo, cambiada su función de ser el primer templo de la ciudad, reducidos al mínimo de cultos, comercializados los espacios sagrados». COLÓN, C., «Necesidad de la belleza. Notas sobre la difusión del Patrimonio en la sociedad de la comunicación masiva», *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 25, I.A.P.H., Sevilla, 1998, p. 115.

⁵ ARIÑO, A., «La expansión del Patrimonio Cultural», *Revista de Occidente*, n.º 250, 2002, pp. 129-150.

⁶ SIMMEL, G. (1911), «La tragedia de la cultura», en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Península, Barcelona, 1988, pp. 204-232. Para este autor la tragedia de la cultura radica en la ruptura entre «cultura subjetiva» como esencia significativa y «cultura objetiva», manifestación de aquella.

hábitos que han concernido de forma consustancial, natural y espontánea, a sus costumbres.

Todos estos factores hacen de los principales portadores de significación patrimonial autómatas que reducen su sentimiento de pertenencia a un plan especial de protección o, en algún caso, a las recetas que emanan del ámbito científico para hacerlas llegar descafeinadas al público visitante. En consecuencia, el objeto de la difusión cultural se deshumaniza al entrar al servicio exclusivo del uso turístico y comercial, al abandonar progresivamente su carácter vital y de identidad a favor del modelo estereotipado por las exigencias del marketing.

Los métodos que ahora nos permiten en un primer momento reconocer, para, a continuación, actuar convenientemente sobre los bienes culturales, han trascendido la realidad de éstos y se conciben disociados de su cotidianeidad. La reconciliación del objeto de cultura con la sociedad ha de ir más allá de su puesta en uso: ha de encontrar las fórmulas que recuperen la «intimidad» que sólo el ciudadano es capaz de transmitirle y compartir con él. Ésta ha de ser una prioridad en la concepción del Patrimonio como construcción social y ha de evitar resolverse desde la autonomía epistemológica. La tiranía del discurso patrimonial, muchas veces ficticio, acaba perjudicando tanto a la población como al bien cultural.

En primer lugar, la apuesta por un concepto dominante que articule el patrimonio de una ciudad eclipsa la multitud de posibilidades que provienen de la iniciativa ciudadana así como su naturaleza dinámica y diversa. Ello provoca una simplificación del acervo cultural de una localidad a las directrices que marca el *cluster* turístico. Su carácter selectivo y excluyente, parte de la zonificación frente a opciones más integradoras. El resultado es la desarticulación del objeto de difusión frente al resto del conjunto o realidad a la que pertenece. Véase por ejemplo el *Plan de Desarrollo Turístico Cultural de la Ciudad de Málaga* de 1995, el cual posee una incidencia favorable en su área de ejecución (sector de la Catedral, Palacio Episcopal, Museo Picasso, Casa natal de Pablo Picasso, Teatro romano y Alcazaba) e incluso en zonas aledañas, pero concentra esfuerzos sobre un perímetro muy concreto (¿acaso Málaga es sólo esto?), discriminando el resto. Asimismo, comarcas enteras se conciertan en torno a rutas: del aceite, del vino, del barroco, etc. ¿Qué ocurre con el resto de los bienes culturales de la zona que no se amoldan a esta sintaxis? Estas soluciones traen numerosos beneficios a todos los niveles, pero, por otro lado, su carácter desquiciante, provoca el descuido de un ingente volumen de inmuebles patrimoniales.

En segundo lugar, la atención exclusiva a los visitantes «invitados», produce en la población local un *amaneramiento* de las formas de vida y genera una visión distorsionada de la misma que se asimila como propia. Los valores de identidad que se localizan y asientan en el Patrimonio se acomodan a construcciones externas al mismo⁷. En este sentido, la ciudad pasa de ser un *lugar* a convertirse en un *espacio de flujo* subordinado al ritmo del mercado.

⁷ «...nace un nuevo tipo de activaciones patrimoniales cuya motivación no es ya de carácter identitario, sino abiertamente turístico y comercial, para lo cual, los referentes activados y los signifi-

Esta reificación contribuye en última instancia a convertir las manifestaciones colectivas en algo ajeno a los individuos, y en muchos casos, en una carga para aquellos que no reciben rendimientos económicos del mismo. Es decir, el ciudadano no es capaz de apreciar el Patrimonio más allá de su condición de recurso. Se habla del incremento de la renta, de la mejora económica..., pero ¿y la mejora cultural? Desde la perspectiva expuesta, ésta se estimaría únicamente desde el rendimiento económico. La perversión del discurso patrimonial condiciona la lógica de que sólo se proteja y, por tanto, se difunda, aquello que es potencialmente rentable.

Como consecuencia de lo anterior, se va a dar una pérdida de autenticidad, suplantada por lo verosímil, e incluso por construcciones irreales aunque lucrativas. Es, por ejemplo, el pueblo que recurre al mercado medieval como rasgo cultural aunque sea fundación del siglo XIX. No consideramos perniciosas estas soluciones si bien han de ser justificadas para evitar equívocos.

Todo ello supone una banalización del concepto de Patrimonio que asimila con gran facilidad la población; la trivialidad es al mismo tiempo causa y efecto de su desocialización: el individuo es incapaz de fomentar un sentimiento de pertenencia ante una realidad que lo aliena, y que simplifica sus rasgos identificadores.

A todos estos inconvenientes se suma, como apuntábamos al principio, la ausencia de planes especializados que se dirijan a la comunidad. En la mayoría de los casos los programas de interpretación orientados a los visitantes no residentes son los mismos para los que sí lo son. Estas instalaciones están preparadas para un contacto efímero con el Patrimonio, con informaciones elementales para su *fácil digestión* que, una vez asimiladas, no comportan ni alientan una continuidad en su seguimiento. La situación se agudiza más cuando tampoco hay cambios en la exhibición (bien porque no se trate de una exposición temporal o porque no haya medios para su actualización), careciendo de atractivo la posibilidad de repetir la visita. Sólo a nivel escolar se mantiene esta constancia, existiendo un ánimo por concebir ideas innovadoras que provoquen el entusiasmo de este espectador iniciado.

Si la población local es decisiva en la gestión, conservación y tutela, esto es, agente fundamental, es necesario que sea considerada como primera receptora: el desconocimiento generalizado en este sector de público es el que hace fracasar cualquier política o acto destinado a la salvaguarda del bien cultural. Si no se tiene en cuenta su relevancia en el problema de la sostenibilidad del turismo, y de la difusión en general, nunca se alcanzarán los objetivos que se pretenden.

cados conferidos no responden ya a los diversos *nosotros del nosotros* que pueden representar las distintas versiones ideológicas de la identidad, sino al (sin los) *nosotros de los otros*, es decir, a la imagen externa, y a menudo estereotipada que se tiene de nuestra identidad (de los protagonistas) desde los centros emisores de turismo». PRATS, Ll., *Antropología y Patrimonio*, Ariel, Barcelona, 1997, p. 42.

LA NECESIDAD DE ARTICULACIÓN DEL VECINDARIO CON EL PATRIMONIO

El protagonismo de lo local en la comunicación de la herencia cultural es apremiante. Las ventajas de su integración en la puesta en valor del Patrimonio, no sólo desde su trastienda, devolvería el rasgo fundamental que lo define: su componente educador, al margen ya de su condición como reclamo para la industria del entretenimiento.

De sobra son conocidos los prejuicios que se ciernen sobre los municipios en cuanto a su dejadez en la salvaguarda, siendo, en muchos casos, una seria amenaza para muchos de los bienes. No es extraño que en la política patrimonial, actualmente llevada a cabo a nivel estatal y regional, persista la desconfianza hacia los Ayuntamientos como órganos de gestión operativos y la opinión del pueblo como el agresor menos pudoroso de monumentos y objetos culturales. Es por ello, que siguen limitando sus funciones a labores de policía. Esta situación se ha atenuado con los procesos descentralizadores de los últimos años en el ámbito administrativo, pero en lo social sigue siendo una cuenta pendiente⁸. La respuesta, en este caso, se encuentra en la necesidad de enfatizar la atención sobre el vínculo ciudadano-patrimonio. Si las principales entidades con atribuciones en la tutela obvian la demanda cultural (muchas veces tácita, no expresa) de la población, pierden al mejor de sus aliados para una gestión efectiva.

La posibilidad que se brinda al vecindario de re-encontrarse con su herencia cultural permite devolver al Patrimonio su crédito y su significación social. Es necesario, pues, reconciliar el *relato* patrimonial con la vida, y ello no puede producirse sino a través del sentimiento de pertenencia que han de fomentar los mecanismos de la difusión. La recuperación de esta simbiosis haría frente a las construcciones ficticias suplantándola por la riqueza de la práctica vital de los habitantes.

Al perder su univocidad y estatismo la línea argumental patrimonial, e incorporar la complejidad fragmentaria, rizomática, de la existencia, consigue diversificar sus conceptos, permitiendo fluctuar del detalle a lo general, de la intrahistoria a la historia, y de ésta a aquélla. Los nuevos programas integrarían con ello desde las faenas del campo hasta la firma de un tratado de paz. Se consigue un *musée imaginaire* sólo ordenado por la vida común del pueblo.

Asimismo, se lograría asentar el concepto de Patrimonio Cultural, suponiendo el abandono definitivo del imperativo de monumentalidad a favor del valor de identidad (plural y cambiante), como criterio concluyente. Con ello se evitaría la lectura tan sumamente limitada de los bienes culturales, forjada en el medio institucional y científico, que no favorece a los residentes y «deteriora la propia experiencia turística»⁹.

⁸ Sobre el papel de los Ayuntamientos en la gestión del Patrimonio se investiga hoy más ampliamente en nuestro trabajo *La gestión municipal del patrimonio cultural urbano* (tesis inédita en proceso de redacción).

⁹ CALLE, M. de la y GARCÍA HERNÁNDEZ, M., «Ciudades históricas: patrimonio cultural y recurso turístico», *Ería*, 47, Departamento de Geografía-Universidad de Oviedo, 1998, p. 261.

Pero esta preferencia de re-integración no sólo frenaría los perjuicios derivados del turismo; también lo respaldaría en otros sentidos. Por una parte, contribuiría a mantener la continuidad y el flujo en la recepción de público, frente a la «teoría del ciclo vital», que preconiza el declive del sector en unos años. En este sentido, contrarrestaría las pérdidas, ya latentes, que determina la saturación provocada por la competencia de propuestas similares. Este problema se agudiza especialmente en las zonas rurales donde museos etnográficos, itinerarios de arqueología industrial, recreaciones históricas, etc., se solapan en la agenda cultural de una misma comarca. La laxitud del visitante foráneo ante esta superposición no debería, sin embargo, hacer abandonar esta iniciativa a los distintos municipios, sino convertirlos en reclamos para la afluencia permanente de la población local.

Por otra parte, y como causa directa de lo apuntado, también ayudaría a equilibrar el mercado, procurando la sostenibilidad del sector. Con la implicación de la propia comunidad como consumidor cultural prevalente se atenúan los altibajos al convertirse en el catalizador del ritmo y el volumen de admisión de visitas, frente, por ejemplo, a la desmesura de los turoperadores o los viajes programados.

Finalmente, y lo que es más importante, se detendría el proceso, cada vez más histriónico, de la espectacularización del Patrimonio a favor de la recuperación de su valor educativo. Con ello se crearía una estructura social lo suficientemente sólida para poner en marcha políticas más integradas, globales y con mayores posibilidades de éxito.

Sólo en la medida en que podamos atender a la población local alcanzaremos una difusión y un turismo acordes con el patrimonio y la colectividad significativa. Únicamente nos queda saber cómo conseguirlo.

MEDIOS E INCENTIVOS PARA SOLVENTAR LA PROBLEMÁTICA E INTEGRAR A LA COMUNIDAD LOCAL

La posibilidad de implicar a la comunidad anfitriona como intérprete capital es hoy día un reto urgente que requiere no sólo la segmentación de público que ya se viene planteando, conforme a la edad y madurez intelectual, sino también es necesario incorporar un nuevo criterio: la experiencia vivida de los bienes culturales.

La difusión debe desligarse progresivamente de los tópicos y clichés turísticos y emprender una tarea que requiera una reflexión prioritaria: aquella que definitivamente comprometa al ciudadano en las labores de gestión del Patrimonio.

La premisa fundamental para acercar, incentivar y sostener el turismo del residente se ha de centrar en su capacidad, no ya de aprendizaje, sino de *reconocimiento*. Este principio de evocación y recuerdo sólo es posible por la *proximidad* al patrimonio y por la *frecuencia* en el contacto con él, es decir, como causa inmediata de su convivencia. A pesar de no poseer una imagen teórica de la manifestación cultural, ésta siempre es habitual y familiar al colectivo con el que cohabita¹⁰.

¹⁰ También tratado con mayor profundidad en SÁNCHEZ LUQUE, M., *op. cit.*

Este vínculo, que por sus características debiera ser sentimental, puede llegar a convertirse en un lastre para el desenvolvimiento de la vida en los municipios, debido fundamentalmente a que emana de las imposiciones legales que recaen sobre él y no del desenvolvimiento en común. La superación de este inconveniente sólo se consigue apelando a la intuición que los individuos han fraguado sobre los bienes a difundir, garantizando una interpretación más completa y efectiva. No podemos olvidar que el ciudadano cuenta con una experiencia más diversa del Patrimonio Cultural fruto de su coexistencia con él, y someterla o restringirla al enunciado científico es mutilarla en su pluralidad y complejidad más allá de éste. Tenemos como ejemplo los planes emprendidos por la Asociación PROCURE (PROtección del Casco URbano y su Entorno) de Coín (Málaga) en el ámbito escolar. Tanto en el titulado *Tú también eres protagonista: ¡inventá Coín!*, en los cursos de enseñanza secundaria y bachillerato, como en el de *El rancho coineño*, en cursos de primaria, el objetivo fundamental era tomar como punto de partida la práctica diaria en la ciudad y en el medio rural, respectivamente. Los contenidos de ambas actividades consistieron en reforzar los hábitos *débiles* e inconexos que el alumnado desarrollaba en su contexto cultural, insistiendo en su papel de actores principales en el devenir histórico, e hilvanándolo también, junto a la versión sistemática que reciben en el medio académico, desde lo local a lo global, y viceversa.

Por tanto, este planteamiento debe servirse de la vecindad y fomentar un contacto continuado, frente a la experimentación breve y de consumo rápido dirigido al turista, incapaz de descubrir los valores formativos que se extraen de los bienes culturales.

Estos proyectos de divulgación son más difíciles, costosos y requieren un esfuerzo continuado y a largo plazo de los agentes de difusión, los cuales han de multiplicarse igualmente. El sistema de acercamiento que se sugiere contempla la programación de actividades continuadas tales como:

- jornadas de puertas abiertas para los residentes,
- partidas de invitaciones en los puestos de trabajo,
- visitas guiadas para el vecindario organizadas desde los centros laborales, los colegios o los barrios, o
- visitas temáticas donde se vean de una manera más pormenorizada los elementos a difundir dentro del discurso general, entre otros.

El principio de valoración y conservación de los bienes culturales pasa por la formación y la dotación del conocimiento necesario de la población local.

Una opción que aglutina en sí las cualidades diversas que se pretenden para lograr un encuentro sincero del ciudadano con su patrimonio es el ecomuseo, tal y como fue concebido en su día por George Henri Rivière, y no tanto en las versiones prostituidas que hoy abundan. El padre de la museología planteaba una reflexión no ya sobre la institución museística sino sobre el objeto cultural:

Un espejo en el que esa población se mira, para reconocerse en él, donde busca la explicación del territorio al que está unido, junto al de las poblaciones que la han

precedido, en la discontinuidad o la continuidad de las generaciones. Un espejo que esa población presenta a sus huéspedes, para hacerse comprender mejor, en el respeto a su trabajo, sus comportamientos, su intimidad¹¹.

La idea, pues, es la de procurar un conocimiento sólido al pueblo sobre su identidad cultural y, a continuación, acometer las labores de divulgación encaminadas al turismo, con la certeza de que se evite una comunicación malversada.

En esta definición se habla de la transmisión del sentido dinámico, arrítmico, en definitiva, vital, del grupo como un elemento indispensable. Así, la oferta elegida desde su ámbito ha de evitar el enunciado patrimonial excluyente y unidireccional, tratando de proporcionar un acercamiento al ciudadano o al turista a la visión fragmentada de la realidad, y en ningún momento debe condicionar su «experiencia cultural».

De aquí se infiere que, más que de información, es perentorio dotar a los visitantes, residentes o no, de los *métodos e instrumentos* que apelen a su cercanía física y emocional, que permitan concretar su acepción vital del Patrimonio sin tener que alterar los valores de la memoria colectiva. Para ello la interpretación conviene ser reorientada, y anteponer la provocación a la formación¹².

De este modo se proponen el «*territorio-museo*», el cual conjuga «una zona que se mantiene cohesionada por vínculos históricos, geográficos, con recursos patrimoniales y elementos que le confieren una identidad propia»¹³, o los «*conjuntos interpretativos*», donde se consigue que el público, desde «los “fragmentos” de patrimonio que antes existían en un desorden total [...], pueda contrastar aquello que descubre con lo que ya conoce»¹⁴. En uno y otro caso se determina hibridar las propuestas, favoreciendo al análisis *pluridimensional* del lugar, configurado por el quehacer del individuo en su entorno, y garantizando una re-articulación del concepto rector y totalizador con la particularidad de la realidad vital, al considerar siempre un sustrato de conocimiento previo fruto de la experiencia.

Para afrontar la difusión desde un sentido ético no hay que apelar a las construcciones ficticias de sentido, ni a instrumentos ajenos a la comunidad, sino únicamente revivir aquello que ha sido ocultado por el tiempo o la desidia y reconciliarlo con el grupo humano al que legítimamente pertenece¹⁵. Una vez conseguido este propósito, patrimonio y sociedad estarán preparados para ofrecerse en síntesis perfecta al visitante.

¹¹ RIVIÈRE, G. H., *La museología*, Akal, Madrid, 1989, p. 191.

¹² BALLART, J. y JUAN I TESSERRAS, J., *Gestión del Patrimonio Cultural*, Ariel, Barcelona, 2001, p. 175.

¹³ *Ibidem*, p. 185.

¹⁴ MIRÓ I ALAIX, M., «Interpretación, identidad y territorio. Una reflexión sobre el uso social del patrimonio», *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 18, I.A.P.H., Sevilla, 1997, p. 36.

¹⁵ «Where the old ways are alive, traditions need be neither revived nor invented». HOBBSAWM, E. y RANGER, T. (eds.), *The invention of tradition*, University Press, Cambridge, 1995, p. 8.

Así y sólo así, siendo éste el esquema que debiera vertebrar cualquier vía de interpretación, se pretende corregir la creciente propensión que entiende la calidad de vida y el bienestar económico suministrados por el turismo como un factor inversamente proporcional a los niveles de autenticidad.

CONCLUSIÓN

No se puede plantear la interpretación del patrimonio de espaldas a los intereses y voluntades de la población. La implicación de la comunidad es necesaria ya que en muchos casos la población local no se siente identificada con proyectos en los que no ha participado [...] La población muchas veces es partícipe del propio patrimonio vivo [...], y a menudo es el auténtico motor de iniciativas que permiten conservar el patrimonio en zonas rurales o dinamizarlos con acontecimientos festivos y culturales [...]»¹⁶.

Estas palabras compendian la difícil situación que atraviesan muchos municipios de nuestro país que han emprendido la creación de proyectos de difusión donde se les obliga a dar más de lo que reciben, y no nos referimos a beneficios económicos, sino a lo que es más importante, la formación cultural.

Después del diagnóstico realizado coincidimos con Marc Augé en que la relación del individuo con las manifestaciones culturales, con el lugar antropológico, no es precisamente su consideración como «objeto de conocimiento», sino su valor vital¹⁷. Luego el intento de acercar el Patrimonio únicamente desde su comprensión epistemológica consigue que el acto de interpretación se *des-naturalice* y augure su fracaso desde el comienzo.

La colisión que se produce entre turismo y población local se hace latente en la *Carta internacional sobre turismo cultural* de 1999, sin llegar a profundizar en la problemática que acabamos de exponer, pero sí insistiendo en las graves consecuencias de las fórmulas agresivas contra el patrimonio y su contexto humano. Este documento cree en la planificación reflexionada a largo plazo que no afecte al estilo de vida de la ciudadanía y que no quiebre su relación con los bienes culturales. No obstante, el predominio de las referencias a la comunidad local no supera la de su consideración como empresa propia, invitándolas a «involucrarse en la planificación de la conservación del Patrimonio y en la planificación del Turismo» (Principio 4). Sólo en el punto 5.5 se insiste en la cuestión que más nos preocupa:

Los programas educativos y de interpretación del Patrimonio entre las personas de la comunidad anfitriona deberían involucrar a los intérpretes locales. Los programas deberían promover el conocimiento y el respeto de su patrimonio, animando a los hombres y mujeres de la comunidad a interesarse en el cuidado y la conservación del mismo.

¹⁶ BALLART, J. y JUAN I TESSERRAS, J., *op. cit.*, p. 197.

¹⁷ AUGÉ, M., *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 1992.

Aún así se enfatiza esta promoción de la Cultura entre el colectivo local, más desde su responsabilidad y no tanto con vistas a su disfrute.

En resumidas cuentas, es necesario especializar los proyectos destinados a los visitantes no residentes como una versión depurada de los programas destinados al grupo anfitrión, los cuales por su experiencia vital vinculada al Patrimonio requieren recursos interpretativos más elaborados, prácticos y sucesivos. En este sentido, las actividades de divulgación a los no residentes debieran inscribirse en un subconjunto de los circuitos locales, y no al contrario.

Esta particular obligación de *cuidado* de los habitantes, que sí se viene dando en el ámbito escolar y, en cualquier caso, de manera puntual en el seno de los Gabinetes Pedagógicos de Bellas Artes, necesita ser generalizada a toda la población a través de actividades anejas proyectadas e incentivadas desde su quehacer cotidiano, tales como los puestos de trabajo.

Esta incitación al vecindario a ser protagonista y punto de partida en la difusión acabará redundando favorablemente en el sector turístico en la medida en que se contribuirá a garantizar la autenticidad que solicita el visitante foráneo, al tiempo que tenderá a estabilizar los mecanismos de mercado que oscilan entre los extremos de la sobreexplotación y la pérdida. El paso de lo local a lo global ha de ser gradual y no debe comenzar hasta que aquél no está perfectamente delimitado.

Para que todas estas estrategias lleguen a buen puerto ha de existir una gestión política favorable a la ciudadanía, especialmente en los Ayuntamientos, que no busque un beneficio inmediato sino una planificación sin máximos de tiempo.

FUENTES

Carta de Turismo Cultural, adoptada por ICOMOS en noviembre de 1976.

Carta Internacional sobre Turismo Cultural (la Gestión del Turismo en los Sitios con Patrimonio significativo), 1999.

Agenda 21, Sostenibilidad en el sector turístico europeo, Foro Europeo del Turismo 2002, Bruselas, 10 de diciembre de 2002.

SÁNCHEZ LUQUE, M. *et al.*, *Tú también eres protagonista: ¡inventá Coín!*, Programa de difusión de la Asociación PROCURE (PROtección del Casco URBano y su Entorno) de Coín (Málaga), enero 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

AUGÉ, M., *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 1992.

BALLART, J., *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Ariel, Barcelona, 1997.

BALLART, J. y JUAN I TESSERRAS, J., *Gestión del Patrimonio Cultural*, Ariel, Barcelona, 2001.

CASTELLS, M., *La ciudad informacional, Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional*, Alianza, Madrid, 1995.

- HOBBSAWM, E. y RANGER, T. (eds.), *The invention of tradition*, University Press, Cambridge, 1995.
- PRATS, LL., *Antropología y Patrimonio*, Ariel, Barcelona, 1977.
- RIVIÈRE, G. H., *La museología*, Akal, Madrid, 1989.
- RODRÍGUEZ TEMIÑO, I., *Arqueología urbana en España*, Ariel, Barcelona, 2003.
- SMITH, V. L., *Anfitriones e invitados. Antropología del turismo*, Endimión, Madrid, 1992.
- VV.AA., *Difusión del Patrimonio Histórico*, I.A.P.H., Sevilla, 1996.
- VV.AA., *Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, Consejería de Cultura-Junta de Andalucía, Sevilla, 1999.

Artículos y capítulos de libros

- ARETIO, M.^a T., MAIZTEGUI, C. y RISUEÑO, J. I., «Avance de una investigación transnacional sobre turismo cultural en Europa», *Letras de Deusto*, vol. 23, n.º 57, 1993, pp. 147-158.
- ARIÑO, A., «La expansión del Patrimonio Cultural», *Revista de Occidente*, n.º 250, 2002, pp. 129-150.
- BOUZADA FERNÁNDEZ, X., «Los espacios del consumo cultural colectivo», *REIS. Revista de Investigaciones Sociológicas*, n.º 96, Centro de investigaciones Sociológicas, Madrid, 2001, pp. 51-70.
- CALLE, M. DE LA y GARCÍA HERNÁNDEZ, M., «Ciudades históricas: patrimonio cultural y recurso turístico», *Ería*, 47, Departamento de Geografía-Universidad de Oviedo, 1998, pp. 209-210.
- COLÓN, C., «Necesidad de la belleza. Notas sobre la difusión del Patrimonio en la sociedad de la comunicación masiva», *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 25, I.A.P.H., Sevilla, 1998, pp. 114-119.
- CRUCES, F., «Problemas en torno a la restitución del patrimonio. Una visión desde la antropología», *Política y Sociedad*, n.º 27, Universidad Complutense, Madrid, 1998, pp. 77-87.
- GARCÍA GARCÍA, J. L., «De la cultura como patrimonio al patrimonio cultural», *Política y Sociedad*, n.º 27, Universidad Complutense, Madrid, 1998, pp. 9-20.
- MIRÓ I ALAIX, M., «Interpretación, identidad y territorio. Una reflexión sobre el uso social del patrimonio», *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 18, I.A.P.H., Sevilla, 1997, pp. 33-37.
- MORALES MIRANDA, J., «La interpretación del Patrimonio natural y cultural: todo un camino por recorrer», *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 25, I.A.P.H., Sevilla, 1998, pp. 150-157.
- SIMMEL, G. (1911), «El concepto y la tragedia de la cultura», en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Península, Barcelona, 1988, pp. 204-232.
- TROITIÑO VINUESA, M. A., «Turismo y desarrollo sostenible en ciudades en ciudades históricas», *Ería*, 47, Departamento de Geografía-Universidad de Oviedo, 1998, pp. 211-227.